

A MANERA DE DECLARACION DE PRINCIPIOS

La filosofía y el espíritu de Teatro Abierto.

(De la "Declaración de principios de Teatro Abierto", leída el
18 de julio de 1981 en la sala del Teatro del Picadero,
por Jorge Rivera López)

"Porque queremos demostrar la existencia y vitalidad del teatro argentino tantas veces negada; porque siendo el teatro un fenómeno cultural eminentemente social y comunitario, intentamos mediante la alta calidad de los espectáculos y el bajo precio de las localidades recuperar a un público masivo; porque sentimos que todos juntos somos más que la suma de cada uno de nosotros; porque pretendemos ejercitar en forma adulta y responsable nuestro derecho a la libertad de opinión; porque necesitamos encontrar nuevas formas de expresión que nos liberen de esquemas chatamente mercantilistas; porque anhelamos que nuestra fraternal solidaridad sea más importante que nuestras individualidades competitivas; porque amamos dolorosamente a nuestro país y éste es el único homenaje que sabemos hacerle; y porque por encima de todas las razones nos sentimos felices de estar juntos."



TEATRO ABIERTO '81 CRONICA DE UN ACTO DE AMOR

por Hugo Murno y Roberto Perinelli

Referirse al pasado inmediato resulta algo complicado aunque a primera vista no lo parezca. Sobre todo si se trata de un suceso de magnitud tal que, por sí mismo, trascendió los límites de la simple anécdota y se convirtió ya en tema de análisis de sociólogos, historiadores, intérpretes de la realidad sociopolítico-cultural de un pueblo, etcétera. Y, si a su vez uno, el cronista, ha sido asimismo protagonista, la complejidad se acrecienta. No obstante, apelando a la profesionalidad periodística y autoral de los redactores de esta nota, la Revista Teatro Abierto intenta, en las páginas que siguen, hablar de ese acontecimiento conmovedor y de tan amplia repercusión que fue TEATRO ABIERTO '81. Lo que sigue, pues, debe leerse como una mera crónica de hechos, aunque su texto, por obvias razones, está cargado de emotividad y fuerza, como todo lo hecho por quienes protagonizamos Teatro Abierto.

Teatro Abierto era una delirante fantasía que hasta sus más entusiastas impulsores veían como un sueño irrealizable a pocas horas de su puesta en marcha en julio de 1981. El país atravesaba su más larga siesta oscurantista, impuesta con suma dureza a todos los ámbitos del país y, quienes se proponían perpetrar un hecho cultural inédito no sabían, a ciencia cierta, lo que el futuro iba a deparar.

Por eso Luis Ordaz se asombra y dice poco después que el ciclo termina "de ahí nuestra sorpresa cuando de improviso, los elementos humanos, postergados, mal usados y no tenidos en cuenta, resuelven superar sus cansancios, unos, sus frustraciones otros, y crear Teatro Abierto. Son trescientas personas, contando autores, intérpretes, directores, escenógrafos, técnicos, prensa, producción y administración, las que, contaminadas muy gravemente por la "peste" artaudiana del teatro, y dejando de lado especulaciones económicas y de figuración, se unen para llevar a cabo una empresa nada común como propuesta y cuyos alcances pueden ser de una importancia superior aún imprevisible... Algo original e insólito." ("El teatro argentino. Cierre de un ciclo", Col. Capítulo 111, Centro Editor de América Latina, Bs. As. septiembre 1981).

Un poco antes, en mayo, el diario El Cronista Comercial se maravillaba al comentar la conferencia de prensa en la que, el 12 de ese mes, se hizo público el anuncio de Teatro Abierto: "Era emocionante verlos, todos allá arriba, en el escenario, casi como siempre, pero en ropas de calle, sin maquillaje, sin escenografía, sin luces, pero todos haciendo teatro.

Estaban todos, convocados por esa pasión tan grande: el Teatro".

Por su parte el actor y dirigente gremial Luis Brandoni en declaraciones al diario Crónica auguraba: "Este será un hito en la historia de nuestro teatro. Por lo inédito de la experiencia, aquí y en todo el mundo. Por eso, a partir de ahora, será antes y después de Teatro Abierto".

UN POCO DE HISTORIA

La idea surgió hacia finales de 1980 y fue tomando cuerpo al comenzar el 81. Primero en la cabeza de Osvaldo Dragún; después, fue prendiendo como un "bichito" en aquellos que escuchaban el contagioso entusiasmo de Chacho proponiendo "juntarnos para hacer entre todos lo que, mal y casi estérilmente hacemos cada uno por nuestra cuenta. A veces hasta enfrentándonos. Eso, hacerlo juntos, porque así seremos más que la suma de cada uno de nosotros".

Esas charlas trasnochadas por cafés y calles de Buenos Aires, se fueron extendiendo y congregando cada vez a mayor número de soñadores e intrépidos trabajadores de la cultura que querían romper con la chatura y el quietismo, hacer y decir sus cosas de la manera que saben hacerlo. Así, el comedor de Argentores se convirtió en cita obligada de los mediodías y allí, en torno a una cada vez más amplia mesa, se tiraban ideas, se barajaban posibilidades, se aventuraban éxitos, fracasos, esperanzas y escepticismos.

De esa manera fue transformándose la idea y, en verdaderos foros, en cuasi asambleas abiertas y permanentes, a autores y directores se sumaron algunos actores, técnicos y amantes del teatro dispuestos a plasmar, con el esfuerzo de todos, la

"loca fantasía" de demostrar la "vitalidad y vigencia del teatro argentino actual".

20+20= + de 150

Ese fue el título del primer volante impreso en el que se propagandizó la idea: "Veinte (por 20 autores, aunque después fueron 21) más veinte (por los 20 directores) igual más de ciento cincuenta (que era la suma de todos los que se unían para hacer Teatro Abierto. Más tarde Chacho Dragún diría "zomoz dossccccccintoz").

La propuesta era: poner en escena 21 obras cortas, de 21 autores, dirigidas por otros tantos directores, los siete días de la semana (por eso los 21, a razón de tres obras por día) y durante dos meses.

UN GRAN ESPECTACULO, A MUY BAJO PRECIO (Y SIN COBRAR, NADA POR HACERLO)

Todo era muy lindo; muy lírico, además. Pero para hacerlo hacía (hace) falta dinero. Muchísimo dinero. Nadie tenía casi nada.

Además, la cuestión era lograr algo que fuera factible de hacer y dar, ver, es decir, contar con un público. Y ese público, tal vez no demasiado en una macrocefálica ciudad materialista y devoradora de 10 millones de personas, no es el más solvente del mundo. Había que cobrar muy poco la entrada. Menos que la de un cine. Y así fue; se lanzaron 1500 abonos a 50.000 pesos cada uno (y no equivalentes a 1 dólar como hoy, sino equiparables a 12 dólares de un año y medio atrás...) los que se agotaron antes del mes. La entrada para cada espectáculo (tres obras, dos horas de función) se fijó en 10 mil pesos (un palo). Había que asegurar el lleno completo.



Pero, como si esto fuera poco, se propuso (y se cumplió) que nadie, ninguno de los que hicieran/hiciéramos Teatro Abierto cobrara un solo centavo por su labor. Autores, directores, actores, técnicos, todos ellos profesionales, sin renunciar a derechos gremiales duramente adquiridos, donaron sus porcentuales de recaudación para la realización de Teatro Abierto.

Todo se iba a hacer, se hacía, se hizo por que se tenía muchas ganas. Por que se quiso. Abiertamente y con alegría.

LA LABOR DE TODOS

A poco de andar, tal vez en marzo o en abril, se estructuraron las "parejas" autor-director; en unos casos autoelegidos por afinidad; en otros por todo lo contrario; descubriéndose unos a otros; se armaron las piezas y sus puestas de manera especial para la muestra, sin ningún tipo de limitación ideológica o estética, sólo con la consigna común de que reflejaran algo tan estricto como vagoroso cual "la realidad nacional".

Se escribió, se pensó y se probó la forma y se ensayó al calor de la permanente elaboración individual compartida, no soslayándose ni la crítica de los demás, ni la creación colectiva, ni la genialidad de más de uno que hizo su aporte en el momento en que más de cuatro desfallecían ante la inminencia del estreno.

A aquellos primeros 21 autores (finalmente Oscar Viale con su obra no pudo participar por estrictas razones técnicas de programación), y los 20 directores, se sumaron 150 actores, escenógrafos, vestuaristas, asistentes, iluminadores, músicos, sonidistas, maquilladores, técnicos y colaboradores en general y, en un horario

insólito para las costumbres argentinas en la materia: las seis y media de la tarde, se lanzó la aventura a la aventura.⁶ (Sic).

EL ÉXITO, EL ASOMBRO Y LA REACCION

El 28 de julio de 1981 en la curva cortada de Rauch, a pasitos de Corrientes y Callao, rebosaba la gente desde hora temprana. Allí, en el no convencional recinto del Teatro del Picadero (cuya sala fue ofrecida por otro integrante de TA, el director Antonio Mónaco), se levantaba el telón.

Mefafóricamente hablando, claro, ya que todos deben saber que en el Picadero no había telón y sí que el público casi podía tocar a los actores y que estos entraban a escena transportando los pocos trastos escenográficos que se utilizaban en la pieza y los retiraban, al finalizar, para dejar paso a sus compañeros que los seguían en la función.

Se pudo lograr ese "teatro pobre", del que tanto se habla por ahí y eso también asombró y generó el aplauso aprobatorio. Lo que se produjo fue el éxito; aquel éxito no previsto pero sí esperado, que apuntaló a todos. Antes, durante y después de cada función, miles de personas (recuérdese que la capacidad del Picadero era de 340 localidades) desbordaban los alledaños de la sala y vibraban de emoción en el recinto; aplaudían de pie; ovacionaban; lloraban y reían junto a los 200 integrantes de Teatro Abierto.

La crítica especializada se vino superada por la prensa toda y, desde las páginas editoriales de los grandes diarios hasta las tradicionales columnas de las revistas frívolas; y las nuevas que apuntaban por vía del humor a la temática política se saludó alborozadamente a Teatro Abierto.

Lo hicieron todos, aún aquellos medios no identificados con la filosofía del movimiento, pero sí unidos en los fines de movilización cultural propuestos por Teatro Abierto, en vías de plena ejecución.

Siete días después, en la madrugada del 5 al 6 de agosto, todos miraban con una enorme mezcla de asombro, rabia e impotencia cómo el fuego de la reacción reducía a escombros el ámbito del Picadero.

Con las cenizas humeantes aún y sabiendo que una pequeña parte del vestuario se había salvado del fuego y de la lluvia, que corrió por Rauch cual un llanto más en aquella nefasta madrugada, se decidió seguir haciendo Teatro Abierto. Donde fuera. En la calle misma si fuera preciso, con obstinación y desafío.

"La madrugada en que ardió el Teatro del Picadero —escribió Dragún días después en el diario Clarín— ninguno de los que estábamos reunidos en el bar de Callao y Corrientes (y eso que llovía) nos atrevimos a preguntar de qué se trataba. Es que sabíamos que si hacía falta tanto fuego, es que nos concernía. También se trataba, sin ninguna pretensión metafísica, de nuestra razón de ser".

SOLIDARIDAD, OFRECIMIENTOS Y LA CALLE CORRIENTES

Menos de 24 horas más tarde, en una multitudinaria conferencia de prensa, verdadera asamblea abierta en la que acercaron su solidaridad personalidades de todos los ámbitos del quehacer del país y a la que Jorge Luis Borges hiciera llegar su mensaje escrito: "Estoy con ustedes, en defensa de la cultura", se anunciaba la continuación del ciclo en una de las 17 salas ofrecidas espontáneamente por sus empresarios para tal fin.

Se decidió seguir en el Tabarís, accediendo así a la Calle Corrientes, ese mito al que muchos aspiran y al que no pocos tienen miedo...

Desde ese escenario, con más público aún que antes, prosiguió ese Teatro Abierto que ya escapaba de las manos de sus pioneros y se convertía, ahora sí, en un hecho de todos.

"Teatro Abierto —leyó Chacho Dragún a los congregados en el Lasalle junto a decenas de periodistas— perteneció inicialmente a un grupo de autores, directores, actores y técnicos que conforman una parte, importante pero una parte, del teatro argentino. Hoy Teatro Abierto pertenece a todo el país. Quisimos demostrar la vigencia y vitalidad del teatro nacional. La movilización que se produjo alrededor de Teatro Abierto demostró, además, la vigencia y vitalidad de un público, de una juventud y de una cultura. Y, por encima de todo, la presencia de la generosidad y el desinterés puesto al servicio de un país entero, en un medio contaminado por el escepticismo y la especulación. Esa generosidad y ese desinterés transforman el hecho estético que nos propusimos al principio, en una información ética de la que nos sentimos orgullosos".

DOS MESES GLORIOSOS Y UN FINAL A TODA ORQUESTA

Se sucedieron de esa manera dos meses de gloria y se sintió el aliento de quienes seguían y apoyaban al movimiento. Nuevamente los diarios editorializaron



sobre los hechos. El incendio; la magnífica y multitudinaria solidaridad; el silencio oficial; lo contestatario que el fenómeno Teatro Abierto era; sirvieron de fondo a palabras que, hasta hacía muy poco, sólo se decían en círculos reservados. Al tiempo surgieron ideas similares, y se concretaron, en otros campos de la cultura y del quehacer nacional. El cine, la danza, la plástica fueron abiertos y la música siempre acompañó a todos ellos en un país que pretendía abrirse como fuera.

No por casualidad Hugo Paredero, desde las páginas de la revista Humo(r) anotaba al principio bajo el título de 'Despertarse para no morir': "Insistir con aquello del teatro como arte de los siglos y los siglos, como medio de unión de los pueblos, como medio de vida nunca está demás. Sobre todo en estos tiempos en que tan ocupados estamos por otras agnias. Teatro Abierto aspira a convertirse en un premio cultural y social que por sobre todo intentará abrir una brecha... No los abandonemos".

Y la revista Latin American Theatre Review culminaba así el largo artículo dedicado al acontecimiento: "Teatro Abierto, más allá de algún altibajo en la calidad de las obras representadas (por otro lado de esperar, en muestras de esta magnitud), ha cumplido con los objetivos estipulados en su creación: ha demostrado la vigencia y vitalidad del teatro argentino. Más aún, ha generado el movimiento teatral argentino más importante de todos los tiempos".

Tremenda responsabilidad la que nos asiste, a ella habrá que responder con trabajo y ganas de hacer y dar.

Y en eso se está, pero esa es otra historia.

Lo de 1981 terminó apoteóticamente. Alfredo Alcón (que había inicialmente comprometido su participación en Teatro Abierto) ausente de los escenarios desde hacía largos meses después de una seria intervención quirúrgica, reapareció esa noche en el Tabarís y, tras una intensa y emocionante ovación hizo su aporte evocando a Leónidas Barleta, a Roberto Arlt y al teatro independiente. También se habló de Roberto Durán a quien se le dedicó el ciclo '81.

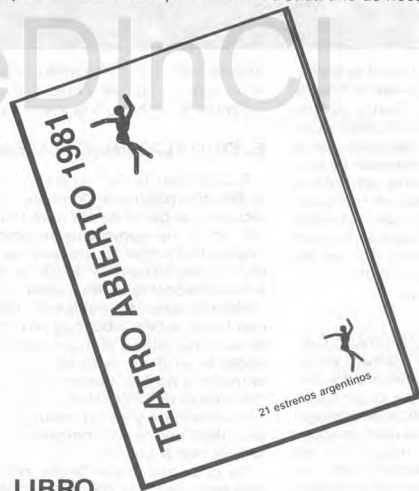
Los aplausos; los vivas; la ovación que se sucedió después; los globos multicolores que caían sobre el escenario y el público; la risa y el llanto unidos y la vibrante comunicación entre protagonistas y público, dentro y fuera de la sala, es casi imposible de relatar. Las fotos que ilustran esta nota hablan en parte de ello, como así también el testimonio de todos aquellos que estuvimos allí esa noche y quedamos marcados por una impronta indeleble propia de los hechos profundos y sinceros.



CIRCULO DE AMIGOS

El público también es protagonista

Otro réditto de Teatro Abierto del que no puede dejar de hablarse es el impacto producido en el público que se vio rubricado por la formación de los llamados "círculos de amigos de Teatro Abierto", que se agruparon luego de la finalización del ciclo '81 y que aportan su colaboración a las diversas tareas que el movimiento encara en estos momentos y que se traducen en realizaciones que son, además de un aporte invaluable para Teatro Abierto, una prueba enorme de afecto, solidaridad y razón de aquello de que "juntos somos más que la suma de cada uno de nosotros".



EL LIBRO

Exito editorial

Poco antes de culminar el ciclo '81 de Teatro Abierto otro hecho insólito marcaba otro hito en la pequeña historia de T.A.: el rotundo éxito editorial que significó la edición de las 21 obras en un libro que tuvo rápida distribución en un público ávido por leer piezas teatrales de autores argentinos contemporáneos, casi nunca publicados por las editoriales tradicionales.

Ocho mil ejemplares fueron editados en sucesivas entregas las que a muy bajo precio se fueron agotando a medida que se ponían a la venta, en el hall del Tabarís primero, en otras salas teatrales después y en librerías y otros ámbitos culturales por último. Entre estos debe destacarse que el libro "Teatro Abierto, 21 estrenos argentinos" se constituyó en el de mayor venta en la Feria del Libro de 1982.